


nador García Morales expidió un decreto el catorce de julio convocando á elecciones para el segundo congreso, que debía reunirse el veintisiete de septiembre. La elección se hizo como estaba mandado, y los diputados Luis Lerdo de Tejada, Ignacio M. Escudero, Francisco Ferrel, Mónico Cañelo y José Valadés celebraron la primera junta preparatoria el veintiseis de septiembre, declarando legitimamente instalado á aquel honorable cuerpo, que el treinta se disolvió de *motu proprio*, nombrándose antes una diputación permanente que jamás llegó á funcionar y que era del todo inútil dadas las facultades discretionales de que estaba investido el gobernador.

Por lo demás, la calma de que disfrutaba Sinaloa era iralterable como la inacción del gobierno. Allá por el mes de noviembre se le pasó en el Venadillo una revista á la guardia nacional; de los distritos el esfuerzo individual y el patriotismo hacían brotar recursos para los soldados que en el interior defendían el honor de la República, y mientras llegaba el momento angustioso de luchar contra el enemigo extranjero, García Morales se ocupaba en organizar las cátedras del *Ateneo Hidalgo* y en dar principio á las obras de introducción del agua potable del río de Siqueros á Mazatlán. Al inaugurarse este trabajo *El Nigromante* pronunció una notable allocución que no figura desgraciadamente en sus obras.

A la paz octaviana que reinó en Sinaloa en 1863, debía suceder un largo periodo de lucha terrible, como se verá en las páginas que siguen.



CAPITULO XX.

1864.

ENERO A JUNIO.

Situación de la República en 1864. El Imperio. El partido conservador traidor é inosecuente. Sinaloa. Llegó á Mazatlán el coronel Sánchez Ochoa con cuatro ingenieros. Las obras de fortificación. Primer ataque de la *Cordellière*. Incendio de una cajuela. Muertos y heridos. Sánchez Ochoa marcha sobre los franceses que desembarcaban. Se reembarcan y las lanchas avanzan para una isla. Venganza de la *Cordellière*. El ataque del sábado de gloria. Alarma de la población. Defensa gloriosa de Mazatlán. Perjuicios causados por la artillería mexicana á la *Cordellière*. Rasgos de valor de los artilleros. Haye la *Cordellière*. Demostraciones populares en honor de los artilleros. Patriotismo de los mazatlecos. Premios. La marina inglesa. Palabras en honor de Sánchez Ochoa. Posición de Sánchez Ochoa, después del triunfo. Temores de García Morales. Sale Sánchez Ochoa para Durango. Es ascendido á general y nombra lo gobernador de Sinaloa. Recibe el gobierno de Durango. Elegido de Maximiliano y Carlota. La Brigada de Sinaloa. Palabras del general Porfirio Díaz.

HABIA llegado el año de terrible prueba para el patriotismo mexicano. Nuestros ejércitos destrozados

por los soldados franceses; el gobierno nacional refugiado en los áridos desiertos de aquen le el Bravo; las ambiciones personales aspirando á arrancar el poder de manos de Juárez y pretendiendo introducir la discordia entre el gran partido republicano; nuestras costas bloqueadas por las escuadras de Napoleón y nuestros recursos disminuyendo á medida que el ejército expedicionario ocupaba las ciudades más ricas y populosas. Y en medio de esta terrible situación, cuando la angustia se apoderaba de los corazones mexicanos, se multiplicaban las noticias de que en un castillo feudal de azotan las olas del Adriático, la traición y las ambiciones en fatal consorcio, consumaban la obra criminal del partido conservador. Un grupo de transfugas trabajó temazmente para restaurar en este suelo sacratísimo de América el trono de Iturbide, y eligió para que viniera á representr el papel de emperador, nada menos que á un nieto de Carlos V, vástago de la familia imperial de Austria, de esa familia que, según la frase de Castelar, la tiranía han convertido en carcelero de los pueblos sin libertad y en sepultarero de los pueblos sin vida. Cae Hungría y la casa de Austria pone el pié sobre su cerviz; es destrozada Polonia, y la casa de Austria guarda uno de sus restos palpitantes; muere Venecia, y la casa de Austria guarda la llave de su ataúd de plomo; se quebranta la nacionalidad mexicana, y la casa de Austria se encarga de oponerse á su resurrección. Parecía que el destino se conjuraba contra los santos intereses de la patria; nuestras costas del golfo eran visitadas no por hombres como Javier Mina que saben pelear

por la libertad de los pueblos oprimidos, sino por los verdugos y los canallas europeos; nuestro suelo era profanado por una soldadexca que no traí como los misioneros españoles una cruz para redimir, sino una espada para esclavizar; pretendía civilizarnos la nación que se llamaba cabeza de la raza latina, y fundaba una corte marcial que nos hacía retrogradar á los tiempos inquisitoriales del sombrío Felipe II; se pretendía, en suma, establecer un gobierno de orden, y se levantaba un trono que debía adorar un pueblo que en su infancia había sido regido. Hay que convenir en que Napoleón desconocía nuestra historia, nuestro carácter y nuestras aspiraciones, y que cualquier programa político que quisiera desarrollar tendría sin remedio que fracasar.

Instrumento de todas estas combinaciones sin plan y de todos estos utopíicos proyactos, fué desgraciadamente el partido conservador, que desempeñó el peor papel en la tragedia imperial. Ese mismo partido reunido en junta de notables, no pudiendo encontrar fundamentos legales para colocar una corona sobre la frente de un príncipe, profana el voto popular, pero esta gran infamia debía acarrearle primero el desprecio de su señor y más tarde los anatemas de la historia. Y era raro que un grupo político que rechazaba las prácticas democráticas hubiera buscado en el seno del pueblo los votos que debían levantar en México un trono imperial. Pero—¿qué hacer?—Los títulos de esa monarquía no podían fundarse en el derecho divino de los reyes, porque ese derecho divino es una irrisión, después del saculimiento social

de 1789; no en el derecho histórico porque la independencia mexicana se levantaba como enérgica protesta; no en el derecho de conquista porque Maximiliano no era un Hernán Cortés, ni Napoleón representaba á la España de Carlos I; no, en suma, en tradicionales derechos de familia, porque el príncipe austriaco no la tenía que ver con Iturbide, y aunque hubiera tenido que ver, es constante que la tradición imperial terminó en el patíbulo de Padilla. Así pues, el partido conservador tuvo que buscar el elemento popular, falseándolo, para poner las primeras piedras del trono, y al obrar así acató el precepto constitucional, por él combatido, de que todo poder público emana originaria y esencialmente del pueblo.

Pero es preciso volver después de esta larga trasgresión al objeto principal de nuestra obra, dejando para oportunidad más propicia el estudio de todos los trabajos políticos de la reacción, que por esta época tenía un directorio en la llamada regencia, que estaba formada por Almonte, Labastida y Salas.

Los acontecimientos del interior preocupaban altamente á los patriotas sinaloenses, y su preocupación aumentaba por la conducta del gobierno, que apenas si se ocupaba en fortificar infructuosamente la plaza de Mazatlán para defenderla de los ataques de la escuadra francesa. Con el fin de activar estos trabajos, llegó á aquel puerto, en los primeros días del mes de febrero, cuando ya estaba bloqueado el puerto, el coronel de ingenieros don Gaspar Sánchez Ochoa, acompañado de los capitanes Miguel Quintana, Marcial Benítez y Francisco Gamboa y del te-

niente don Cleofas Tagle. Las obras de defensa progresaban bajo la dirección del célebre ingeniero que luchó heroicamente en San Javier, cuando en la mañana del veintiséis de marzo se presentaron en la bahía de Mazatlán, según datos de un escritor, "catorce lanchas con seis piezas rayadas de desembarque y cuatrocientos hombres de infantería de marina," que se desprendieron del buque de guerra *Cordellière*, y que se colocaron á medio tiro de cañón de la playa de Puerto Viejo, para hostilizar á los trabajadores.

Inmediatamente el coronel Sánchez Ochoa estableció una batería de obuses montados en batalla, y rompió el fuego sobre las atrevidas lanchas con un éxito sorprendente; pero en los instantes del combate, el capitán Miguel Quintana, lo mismo que el teniente Tagle, tratando de separar del fuego una de las cajuelas, fué incendiada por un proyectil enemigo, quedando tendido y quemado en el terreno de la acción, el valiente capitán Quintana, lo mismo que el teniente Tagle y 6 artilleros muertos y 8 heridos.

En esta actitud quedaron 4 lanchas al frente sosteniendo el fuego contra la batería republicana, y las otras 10 con toda la fuerza de desembarque de infantería de marina que llevaban, tocaron izquierda, rumbo al lugar conocido con el nombre de "Casa de los cueros" distante una legua al norte de Mazatlán, donde desembarcaron las referidas fuerzas invasoras.

En aquel importante momento, el coronel de ingenieros Gaspar Sánchez Ochoa, con dos batallones de 400

plazas cada una, de las fuerzas de la guardia nacional del Estado de Sinaloa y 4 piezas de los obuses de la batería que estaba en el puerto, emprendió inmediatamente el ataque sobre los soldados franceses, que acababan de desembarcar, ebrios de gloria y soñando en una nueva condecoración para su pecho.

Entretanto, el capitán Marcial Benitez, se había quedado con dos piezas sosteniendo el fuego contra las cuatro lanchas enemigas, que batían con actividad, encarnizamiento y verdadera pericia al puerto de Mazatlán.

En los instantes mismos en que el coronel Sánchez Ochoa divisó las fuerzas desembarcadas, mandó tocar "paso veloz" y media hora después desplegó en batalla, rompiendo el fuego con su artillería y avanzando en esta formación, hasta que ya seguro de su distancia, para el buen tiro de sus fusiles, rompió también el fuego con su infantería.

En momento tan supremo, los soldados franceses, que al principio hicieron un fuego nutrido, comenzaron á vacilar, tratando de reembarcarse, lo cual, observado por el coronel Sánchez Ochoa mandó armar la bayoneta y tocar "paso de carga."

Una bala de cañón hábilmente dirigida sobre la proa de una lancha francesa, hizo un gran destrozo tanto á la embarcación como á sus tripulantes, y esto, unido á la presencia de Sánchez Ochoa por el rumbo donde desembarcaban los franceses, vino á determinar su vergonzosa retirada.

Pero la venganza que la *Cordelliere* pretendió tomar por el desastre del veintiseis, debía proporcionar un nuevo día de gloria para las armas de la República, é iniciar brillantemente la lucha que Sinaloa oponía á los soldados de Napoleón. Brillaba en el zenit el sol del treinta y uno de marzo, cuando el buque francés con seis piezas á babor y seis á estribor de cañones de 80 y una colisa de 120 á proa, se presentaba en el lugar á propósito para disparar su artillería. Inmediatamente enarboló su gallardete rojo de guerra y rompió sus fuegos sobre la plaza.

Al escucharse el estallido del cañón toda la guardia nacional se presentó en sus cuarteles; las azoteas se coronaron de curiosos; los trabajadores continuaron sus labores en la obra de fortificación y Sánchez Ochoa se encargó de la defensa de la plaza.

Como la distancia á que se encontraba el buque que atacaba al puerto no permitía contestar con la batería de obuses, el coronel Sánchez Ochoa, acompañado del capitán Marcial Benitez y del capitán Francisco Gamboa, colocaron las infanterías en los caminos cubiertos y avanzaron á pecho descubierto sobre las arenas de la playa, con una pieza de á 8 hasta colocarla á buen tiro de blanco, y rompieron el fuego inmediatamente, con tan buen éxito, que desde los primeros disparos comenzó á sufrir averías el buque francés *La Cordelliere*.

En aquellos momentos la fragata de guerra inglesa *La Carividis* entraba en las aguas del puerto con el único fin de presenciar el combate entre mexicanos y franceses. Media hora después el navío de guerra americano

Lancaster hacía también su entrada con el mismo objeto.

El combate fué vigorosísimo, no obstante que en tierra solo había un cañón—como antes dijimos—servido por dos pelotones de improvisados artilleros que se rele-
vaban á intervalos, y si alguno quedaba inhábil para el servicio era réemplazado inmediatamente. Se refiere que deseando el coronel Sánchez Ochoa dar descanso á un grupo de soldados que se conducía heroicamente, les ordenó que se separaran del servicio de la pieza, y que ellos dijeron:

—*¿Que no está nuestro coronel contento de nosotros? ¿por que nos quiere cambiar? ¡Queremos quedar al pie del cañón defendiendo nuestra tierra!*

A medida que las horas pasaban los cañonazos del buque francés eran menos frecuentes, y ya antes que el sol se ocultara el bombardeo había degenerado en disparos aislados, que iban dirigidos sobre la pieza con el fin de desmontarla, lo cual no se logró porque las metrallas rebotaban en la arena de la playa sin causar daño á los defensores de la República.

A las siete de la noche el fuego había cesado por completo, y la población de Mazatlán paseó en triunfo por las calles á los valientes artilleros que tenían aún ennegrecido el rostro por el humo de la pólvora.

“El cuadro que presentó Mazatlán—dice un periódico de aquella época—era conmovedor y lleno de vida: los gritos de viva la libertad, viva la independencia, viva el supremo gobierno y mueran los franceses y los

traidores, resonaban en la ciudad, en las montañas, en el mar, en el viento, y aun algunas hijas del pueblo se acercaron á las orillas de la playa armadas de puñales creyendo y esperando que los franceses saltaran á tierra.... Los cerros y las azoteas se hallaban coronados de espectadores llenos de la más viva animación, presenciando una refriega tan importante, y elevando estrepitosos aplausos y vivas á México en cada tiro que pegaba en el buque. Por último, y ya al oscurecer suspendió sus operaciones el invasor, y nuestros artilleros le mandaron por despedida tres tiros tan bien dirigidos que ni uno solo dejó de pegar en el casco.”

El día siguiente la *Cordelliere* amaneció en el extremo sur de las islas del Venado reparando sus averías, y tuvo después que irse muy lejos para ocultar su derrota y su vergüenza.

Era comandante del buque de guerra M. Henry Martineau Des Chesner, y los verdaderos héroes de aquel glorioso día, fueron el jefe de las obras de fortificación Sánchez Ochoa, el capitán Gamboa, el subteniente Guerrero, don Leandro Cuevas y los pelotones de artilleros cuyos nombres debe justamente conservar la historia, y que son: Urbano Gutiérrez, Mateo Monteras, Desiderio Morales, Gertrudis Maldonado, Zenobio Robles, Isidro Huerta, Remigio Tiznado, Feliciano Villela y Dionisio González. El gobernador García Morales recorrió toda la ciudad, y montado á caballo, al lado de Sánchez Ochoa, estuvo largo rato á la retaguardia de la pieza en los momentos más reñidos del combate; el coronel Ignacio M.

Escudero, comandante militar de la plaza, estuvo al frente de las guardias nacionales listo para impedir el desembarco de los franceses y para atacarlos en caso de que se acercaran en sus lanchas por el lado de la playa; la colonia norte-americana estuvo solícita para prestar auxilios á los heridos, y se asegura que las mujeres y los niños apagaban con sus manos las bombas que caían á su alcance.

El día siguiente, es decir el viernes primero de abril, el vecindario de Mazatlán solicitó que concediera el gobierno algún distintivo á los oficiales y soldados que tan heroicamente se habían conducido, y el gobierno acordó el día tres que se les confiriera á todos ellos un diploma honorífico. Los escritores, los poetas, la sociedad entera, facilitó de mil maneras á aquel grupo de valientes, y les hicieron un verdadero apoteosis. El entusiasmo y la admiración no eran hijos del patriotismo únicamente, pues hasta la fragata inglesa *Carividis* recibió á bordo en són de ataque y con bandera desplegada, á Sánchez Ochoa y Benitez, y á los invitados Doro-teo López, Ignacio L. Vallarta, Pedro Ogazón, Silvestre Baranda y otras personas notables entonces residentes en Mazatlán. Al llegar todos estos individuos á las baterías bajas de la fragata, la música se interrumpió por un toque de atención, y en medio del más profundo silencio un intérprete pronunció estas palabras:

“Coronel de Ingenieros Gaspar Sánchez Ochoa y vuestros valientes oficiales y artilleros, la bandera inglesa os saluda, porque la bandera inglesa saluda al valor donde

quiera que se encuentra; y lo que hemos visto, en tan desigual combate, es atrevido, audaz y glorioso para los valientes hijos de México.” La conmoción que produjeron aquellas palabras entre los espectadores es indescriptible.

El simulacro comenzó en seguida y los numerosos cañones ingleses envolvieron de súbito con el humo de la pólvora á la fragata “*Carividis*,” Después vino el zafarrancho ó simulacro de asalto á bordo, concluyendo aquella fiesta militar con un convite, con que los marineros y artilleros ingleses obsequiaron á los valientes hijos de México. El almirante Turner brindó con expresión y entusiasmo por México y sus libertades, por su progreso y por sus héroes; pero muy especialmente por el coronel Sánchez Ochoa, á quien abrazó con marcadas pruebas de simpatía.....

Con verdadero lujo de detalles hemos descrito los hechos de armas del 26 y 31 de marzo; bien merecen acontecimientos de tan alta importancia que se llame fuertemente la atención sobre ellos, ya que el gobierno de García Morales y el periódico oficial dieron muy pocas noticias y escasos datos acerca de los referidos hechos de armas, conducta que ha sido imitada por los historiadores de la guerra de intervención en Sinaloa.

Los acontecimientos de semana santa (así se designó á los ataques del sábado de dolores y jueves de pasión) conquistaron inmensa popularidad al general Sánchez Ochoa y lo pusieron en condiciones poco favorables para el gobierno de García Morales, que en esta época había llegado á la cima del desprestigio, no por falta de

honradez y de rectitud, sino por exceso de bondad y de escrúpulos. La política placidista culminaba por sus rencores y por su inacción, y los patriotas no podían ver con indiferencia que no se utilizaran los elementos de Sinaloa en la guerra extranjera, y que la impertinente obstinación del gobierno de Juárez en conservar á un soldado valiente, pero exclusivamente acostumbrado á respetar órdenes superiores, al frente de la administración pública, pudiera ser causa de que cayera el Estado en poder del ejército enemigo, cuando aún se podía luchar con tanto éxito como en la guerra de Reforma.

Siendo pues, Sánchez Ochoa un hombre peligroso en Sinaloa, y teniendo el gobierno local, que le era hostil, noticias de que se trabajaba para que sustituyera á García Morales, activó las órdenes de marcha para el héroe de la *Cordelliere*, á quien "despidió la ciudad de Mazatlán como á un poeta de la República de Platón: entre músicas y flores." No eran infundadas las sospechas de los placidistas respecto á Sánchez Ochoa, pues éste, en su tránsito para Durango, recibió el despacho de general de brigada y el nombramiento de gobernador y comandante militar de Sinaloa, y preparaba su regreso al Estado cuando el gobernador Mascareñas le entregó el mando por orden de Juárez; quedando por entonces funcionando como jefe militar en la ciudad que lleva el nombre de Victoria.

Por esta época, es decir, á fines de mayo, Maximiliano y Carlota desembarcaban en Veracruz y tomaban posesión de las tierras de su imperio, y el doce de junio hacían su entrada triunfal á la capital de la República, en

medio de una multitud de curiosos que se aglomeraban, porque creía que los soberanos iban á distribuir al pueblo monedas de oro. La presencia de Maximiliano y su esposa en la nación, no influyó para que los patriotas depusieran las armas á los piés del trono, sino que por lo contrario combatían con más fé y mayor entusiasmo, y los soldados sinaloenses tuvieron la gloria de distinguirse entre las fuerzas mexicanas, pues según las propias palabras del general Porfirio Díaz, "la brigada de Sinaloa se portaba con el decoro y abnegación de que hay pocos ejemplos en la República. Puede estar orgulloso ese Estado (Sinaloa) de tan dignos hijos y cumplidos soldados, que lleva por donde quiera con honor y justo orgullo el nombre de su país."

